

n.º 5.

# CARTA

DEL P. BARTHOLOME  
BRAUN

*1764 N.º 3*  
VISITADOR DE LA PROVINCIA TARAHUMARA  
A LOS PP. SUPERIORES  
DE ESTA PROVINCIA

DE NUEVA ESPAÑA  
SOBRE LA APOSTOLICA VIDA,  
VIRTUDES, Y SANTA MUERTE

DEL P. FRANCISCO  
HERMANO GLANDORFF.



CON LAS LICENCIAS NECESSARIAS:

Impressa en el Real, y mas antiguo Colegio de San Ildefonso  
de Mexico, año de 1764.

# CARTA

DEI RE PAVLVS

DE

IN

DE

○✠○

P. C. &c.

**A**UNQUE LA ATENCION A MI CARGO, mèrito grande de el difunto Padre Francisco Hermano Glandorff, y la Santa costumbre de nuestra Compania, no me executaran à escribir èsta para la comun edificacion; la universal aclamacion de los Fieles de este Reyno de la Nueva Vizcaya, fuertemente impeliera; à quien pareciera sin duda su omision crimen de superior nota. Generalmente veneraron todos al P. Glandorff, como Apostol Santo: y por esso quantas cartas el Padre escribiò à los Seculares, y otras que ellos han agenciado entre los Nuestros, todas las guardan, como Reliquias especialissimas. Despues de su fallecimiento, muchas personas de toda calidad, y gerarquia, han procurado conseguir algo que tocasse al Padre, para conservarlo con la misma veneracion: y llegò esta à tal exceso, que hubo quien publicamente pidiesse limosna para la canonizacion de el P. Glandorff: Con todo esso, no corresponden à lo difuso de tan gran fama los monumentos, que de sus heroicas Virtudes han llegado à mi noticia. Desde el feliz Oriente de el P. Glandorff, (digolo assi) hasta su Ocaso, para nosòtros triste, se han ocultado aquellos grandes esplendores, que pudieran suministrar copiosas luces à esta mia; y vienen à ser como los reflexos de el Sol algunos casos raros, que nos hicieron abrir los ojos, para que se advirtiesse, que en el interior sistema de el Padre, se ocultaba mucho de Santo. No obstante, lo mas precioso

ha corrido hasta ahora sepultado en el santo retiro de la Mis-  
sion de Tomochi; por tanto ciñendome à los estrechos marge-  
nes de una carta, dirè solamente lo poco, que se hà podido  
como rastrear, y escribirè como si en un breve rasgo cifrara el  
indice de una virtud agigantada.

Osnabrùgo Ciudad illustre, y territorio rico de la Pro-  
vincia de Vvestfalia sita en el Arzobispado de la Colonia Agri-  
pina, es la que logrò tener por Hijo al P. Francisco Hermanno  
Glandorff, el dia 29. de Octubre de el año de 1687. Nació de  
Padres honrados, quienes à corta diligencia educaron à su Hi-  
jo Francisco en christiandad, y politica à causa de su innata  
docilidad, y congenial inclinacion à la virtud. Desde sus pri-  
meros años se viò resplandecer en el Joven Francisco aquella  
virtud, que en los Varones muy provectos raras veces se ad-  
mira aun despues de cultivada muchos años en la avanzada  
edad. La Charidad, digo, que siendo la Reina de todas, y es  
como la piedra fundamental mas preciosa por el oro finisimo  
con que se esmalta, y juntamente el termino final de toda la  
Ley Christiana, segun el Apostol; la practicò en sus todavia  
niernos años al nivèl, conque nos la arregla Jesu-Christo Nro.  
Señor en su Evangelio: Todo el dia ocupaba en discurrir ar-  
bitrios, para recoger quantiosas limosnas; y la obscuridad de  
la noche la reservaba para repartirlas provido, principalmente  
à aquellos pobres, que abatidos con la escasa fortuna, aun de  
los precissos bienes temporales, padecen mas el rubor de men-  
digar de dia, y tal vez por escusarlos aun de noche su desau-  
dez extrema, miserablemente perecen. Pero nuestro Francisco  
gobernado de superior prudencia, à todo providenciaba, so-  
corriendo semejantes necessidades à la sombra de la noche,  
para que ni su siniestra mane advirtiesse, lo que distribuia su  
compasiva diestra.

Con este tan eminente preliminar de christiana vida,  
empezò, prosiguiò constante, y consumò perfectamente el  
prolijò estudio de letras humanas, y el curso Philosophico.

Bastantemente se dexa entender, quales serian sus progresos, así en el estudio de la virtud, como en el de las letras, por lo mismo, que despues se advirtió en el difícil de la Theologia; y en los raros exemplos, que dió en el resto de su vida religiosa. Sin duda q̄ ya desde entóces se observarían en el Joven Francisco, como en compendio, aquellas relevantes prendas de christiandad, y literatura, q̄ le hacen ahora tan recomendable. Por esso en concurso de otros muchos pretendió, y facilmente consiguió la dicha incomparable de ser admitido en nuestra Cõpañia el dia 21. de Mayo del año de 1708. y fuè el q̄ Nro Francisco calculó por el mas feliz de su vida en la tabla noble de su pecho, por haver sido recibido en el Noviciado de Treveris. Ya es facil de imaginar, quando nos faltan otros documentos, qual seria el fervor del Noviciado, en que echò los primeros fundamentos à su dilatada, y apostolica vida. Bien se concibe, que un fervoroso Novicio dexè de ser en lo sucesivo perfecto Religioso, segun es la humana inconstancia; pero no es facil de creer, q̄ un exemplar Estudiante en su juventud religiosa, y un Varon apostolico en el resto de una larga vida, qual experimentò al P. Giandorff esta Provincia, no se portasse como un fervorossimo Novicio en el Noviciado de Treveris.

En consecuencia de semejante porte, lo eligieron sus Superiores para el ministerio de Maestro de Letras humanas; cargo honroso, en que la obediencia confia la disciplina de la Juventud Secular, no menos en las verdaderas virtudes, que el perfecto aprovechamiento en aquellas. Ciertamente desempeñaría nuestro H. Francisco su empleo con plena satisfaccion de todos; pues es muy congruente aprendiessen sus Alumnos lo mismo, que en grado heroico verian practicado en su Sabio Preceptor. Este trabajossimo exercicio fuè donde se encendiò mas en el religioso pecho de nuestro H. Francisco el zelo de la salvacion de las almas: Por esso con la debida sumission, expuso à N. P. General los vivos deseos, que animaban su corazon, de passar à las Indias para emplear to-  
dos

4  
dos sus alientos, particularmente en la conversion de los Gentiles. Acafo ocurririan dificultades graves de parte de su Provincia, para desmembrar de si un Sujeto, que desde luego prometia ser en breve su desempeño: pues quando vino, se decia entre los Padres, que vinieron en aquella Mision, aver estado el Padre destinado para uno de los que continuan en Flandes la grande Obra del P. Bolando. Pero habiendo condescendido á su fervorosa peticion N. M. R. P. General Miguel Angel Tamburini el año de 1717. lo señaló á esta America. Embarcóse en Olanda para Cadiz, donde al recibir, como recibió efectivamente, carta de el mismo Padre General, se inflamò mas su encendido espiritu al ver en la dicha quanto le animaba su Paternidad muy Reverenda á los progressos correspondientes á tan santa empresa. Embarcóse para Vera-Cruz, y no es decible la grandeza de los raros exemplos, con que edificó á toda la Tripulacion en el curso de navegacion tan prolongada, así en la constante paciencia con que toleraba alegremente la multitud de molestos trabajos, que de suyo trahe semejante transporte; como en todas las demás virtudes religiosas. Al fin arribó felizmente al Puerto de Vera-Cruz, y fué para nuestro H. Francisco tanto, como si hubiera llegado al Puerto preliminar de sus apostolicas peregrinaciones. El caso es, que quando todos al desembarcarse se hallan naturalmente entumidos, por la continua dilatada inaccion de el exercicio progressivo: solo nuestro H. Francisco se halló agil, y expedito para transitar á pie, como lo executó quasi lo mas del camino, desde Vera-Cruz hasta Mexico. Sin duda ya desde entonces le daba Dios á entender suficientemente, que lo havia escogido para Apostol, no como quiera, sino en aquel modo de exercicio, que practicaron los Apostoles Santos en la primitiva Iglesia: Con este caracter tan particular caminaba gustoso, y en medio de su gran regocijo, apenas se le oia hablar en todo el camino otra cosa, que el preguntar repetidas ocasiones: Donde avia Barbaros? Donde esta

estaban los Gentiles? Donde aquellos, que <sup>S</sup>martyrizaban à los Padres? Facilmente se puede discurrir, que la forzosa demora en el Colegio de San Pedro, y San Pablo para concluir el estudio de el curso Theologico, seria para nuestro H. Francisco una penosa prolongada violencia, y un continuo martyrio de su inflamada voluntad, é ilustrado entendimiento. Lo mas admirable es, que captivando este, y reprimiendo los abrasados impetus de aquella à obsequio de la obediencia; con tal empeño se esmerò en el estudio de las materias Theologicas, que quedaron assombrados mas de una vez hasta sus propios Maestros. Dichosamente logrò los adelantados progressos de hallarse altamente instruido no solamente en aquellas materias, que annualmente cursaba; sino tambien en otras muchas, y con igual penetracion de todas, en tanto grado, que como asegura un Contemporaneo suyo, se observò que muchas veces à fuerza de sus solidos discursos, mudaron de opinion algunos de sus Maestros. Y finalmente, todos veneraban no menos la solida religiosa virtud, que en su amable, y nada fastidioso innocente candor se traslucia; que las copiosas noticias de literatura, con que se havia hecho Sujeto apto para los ministerios de la Compania.

Haviendo finalizado el Curso Theologico, y no con vulgares créditos el P. Francisco Hermano Glandorff, pasó à la tercera Probacion. Aqui es indecible la santa impaciencia conque por instantes esperaba llegasse el termino de sus continuos anhelos. No necesitaba el P. Francisco de aquellos ejercicios religiosos, conque en la tercera Probacion nuestra amabilissima Madre la Compania en algunos de sus hijos renueva, y en otros acalora mas los afectos primeros de su vocacion: porque siempre los mantuvo en tal ardentia, que abrasado su pecho angelical, no fomentaba otras ansias, ni respiraba otros alientos, ni exhalaba àcia el Cielo otros suspiros, que aquellos que en todos sus Hijos deseò veer el Espiritu Apostolico de N. B. P. S. Ignacio. Misiones, Barbaros, Idola-

tras, y Gentes las más incultas eran las que quería con ansias fervorosas el P. Francisco Hermano Glandorff. Si acaso llegaba á sus inocentes oídos aquel vulgar rumor, que tal vez suele oirse, y es: que las Misiones son un honrado destierro, y semejantes proposiciones laicas: entonces santamente enardecido, vigorosamente las reprochaba, al modo que pudiera proposiciones heréticas, ó blasfemias escandalosas. Si se le ofrecían á la imaginación aquellas estimaciones, aquellos aplausos, y aquellos honores, que tanto suelen apreciar los locos, è ignorantes de el mundo, facilísimamente los despreciaba con aquel ayre, que suele un Artífice perito el oropel, al cotexo de el oro de muchos quilates: ó como suele un diestro Lapidario el fragil vidrio, al paralelo de un diamante de grandes fondos: y es, que el P. Francisco estaba tan íntimamente imbuido en el primitivo espíritu de nuestra Compañía, que así como los mundanos aman todo aquello, que en realidad solamente es digno de un generoso desprecio: de el mismo modo amaba con todas sus fuerzas su humilde abatimiento, á imitación de Christo.

En verdad q̄ el P. Francisco Hermano Glandorff pudiera como pocos haver lucido sus taléto, y honrado nuestra Compañía, así en la Cathedra, como en el Pulpito, y en qualesquiera otros empleos, si los Superiores le hubiesen dado semejante destino en la Provincia: pero como Sabio estimador de los lucimientos, que lo son á todas luzes, gustosísimo admitió la apreciablesima asignación de Misionero, insintiendo así mas de cerca en las soberanas huellas de JESUS, que haviendo baxado de el Cielo para Misionero de el Universo, manifestó sus divinos esplendores, retirado de el bullicioso trafico de las Cortes en el Monte Tabor, y por esso en su profecucion el P. Glandorff, en las sierras, en las barrancas, y en los montes, oculto se manifestó maravillosamente. Ello es, que sin dexar su trabajosísimo empleo, ni menos el estudio de el barbaro Idioma Tarahumar, que llegó á hablar con tanta

destreza, como si le hubiera sido nativo: en tal grado estaba versado en los libros, que quando se le tocaba alguna materia ya fuese Escolastica, ô ya Moral, hablaba con tal magisterio, que muchas veces dexò admirados à no pocos Sujetos doctos, así domesticos, como estraños, con la particularissima circunstancia de corroborar siempre su dictamen con la citacion prolixa de los Libros, Tratados, Disputas, Secciones, Foxas, y hasta los numeros marginales de los Autores clasificados. Para esto tenia en su Mision muchos, y selectos volumenes: entre otros las Obras todas de N. Eximio Doctor P. Francisco Suarez, que siendo de tan varia, y tan basta extension, como saben los Doctos, el P. Glandorff de tal manera se avia instruido en todas ellas, que parecia las avia estudiado hasta de memoria, segun la entera comprehension con que las explicaba quando se ofrecia. Así havindose registrado todos sus papeles despues de sus dias, los mas que se hallaron son exquisitissimos apuntes de materias Theologicas.

Con la idea grande, que el P. Provincial havia formado de la solida virtud, juicioso porte, literatura, y demàs religiosas prendas caracteristicas de un Misionero Jesuita, señaló al P. Francisco Hermano Glandorff para el glorioso empleo de Operario de la Viña de el Señor en las Misiones. Bien se dexa entender, mas no se puede bastantemente explicar, el superior jubilo conque en aquel mismo instante dulcemente se inundaria su apostolico corazon. Piadosamente se puede discernir, que inflamado se elevaria anegado en tamaño jubilo, y exhalaria àcia el Cielo, como suavissimos aromas, afectuosissimas acciones de gracias por tan singular beneficio. Seria necesario registrar yo el apostolico seno de el P. Glandorff, abrazado de el zelo de las almas, para poder insinuar algo de lo mucho que santamente fraguaria entonces, quando ya empezaba las peregrinaciones de ministerio tan santo.

Como fuera de sí, por el exceso de regocijo, luego que recibió su asignacion (segun cuenta un Padre antiguo, y

de distinguido carácter en la Provincia) tomó su baculo, y Breviario; y con tan extraño equipage huviera emprendido el camino de muchos centenares de leguas, si la prudencia de los Superiores no lo huviera obligado á recibir la prevencion, que le hiziesse humanamente posible su transporte por tierras tan desaviadas, y fragosas. Así salió de Mexico, y empezó á correr con agigantados passos la carrera de Apostols; no obstante á pie la mayor parte del camino; Llegò á la Misión de Carichic, y allí lo detuvo la obediencia en compañía de el P. Joseph Neuman, para que como todavia novicio en la comunicacion de los Indios, se amaestrase para la de los Neophytos. Sujetòse el P. Glandorff con aquella humildad, y rendida sumission, que le era como innata: pero á breve tiempo conocieron los Superiores su grande aptitud, y lo señalaron á Tomochi, Misión de las mas trabajosas en la Tarahumara. No se vieron colmados sus ardientes deseos hasta que no comprehendiò con las especies visuales lo difícil de su administracion. Entrò en dicha Misión, y luego viò lo mismo, que muchos años antes con ansias deseaba su apostolico zelo. Viò una multitud ingente de Christianos todavia barbaros, y otra casi innumerable de Gentiles Idolatras. A los Christianos hallò el Padre tan brutos, que apenas se distinguian de los Idolatras. Los Gentiles tan barbaros, que apenas parecian racionales: Los que decian ser Christianos, igualmente huian la presencia cariñosa de el Padre, que los Gentiles: tan desuados, no solo en su exterior, sino tambien en el interior de todo racional cultivo estaban unos como otros: pero á todos cubrió plenamente la Charidad eximia de el P. Glandorff. Empezò por aquellos que eran Christianos solo en el nombre, y solo Dios sabe quanto trabajò el Padre para su christiano cultivo: primero desbastò su tosca rudeza, despues doctrinò su inveterada ignorancia; y por fin hizo viviesen como buenos Christianos, los que siendolo antes, vivian peor que Gentiles. Dado este primer passo, mayor de lo que se puede decir, diò principio

9  
cipio à la reducción de los Gentiles. Para poder expressar al-  
go de el indecible trabajo conque el Padre evangelizo à aque-  
llas infelices Gentes, es forzoso primero, presentar à la vista  
un breve sistema, que sirva de Mapa, para que en el se vea  
aquel sirio gentilico. El es un paraje visible al parecer, y al  
tiempo mismo invisible: es visible por las elevadissimas ser-  
ranias, y es tambien invisible pues se pierde la vista al  
veer sus barrancas profundissimas: parece que es uno solo  
el monte elevado, y una tan soamente la sierra: pero en su  
cerrada fragosidad se forma un cordon impenetrable de mu-  
chos, y de muchas con otras tantas monstruosas precipitadas,  
é inaccesibles profundidades, tan dificiles al humano progres-  
so, que ni alli havia mas camino, ni mas vereda, que aquella;  
que industrioso un ardiente amor de las almas pudiera abrir  
à costa de muchos riesgos. En semejante paraje sembrò el P.  
Glandorff la semilla santa de el Evangelio, y fuè milagro cier-  
tamente grande, que entre tantas peñasqueras lograsse coger  
fruto, y en efecto cogiò hasta el multiplicò. Sièpre à pie se ar-  
rojaba sin reparar su zelo en los precipicios yà à la profundi-  
dad de las barrancas, sin atemorizarle penosas fatigas: yà es-  
calaba las erguidas sierras fronteras, baxaba de unas, y suc-  
cessivamente trepaba à las otras: acariciaba à aquellos Barba-  
ros, y regalabales algunos doncellos. De este modo, y con  
otra maquina de santas industrias, que le dictaba su apostoli-  
co fervor, fuè suavizando poco à poco la brutal barbarie de  
aquellos incultos Gentiles. Con esta incansable conducta tra-  
bajò el Padre mucho tiempo, solo para inclinar algun tanto  
aquellas voluntades protervas. Repitiò estas penosissimas di-  
ligencias, visitandoles muchas veces, y acariciandolos con  
mas innocente humanidad, que pudiera un Cordero manso à  
los Leones mas fieros en sus grutas. Por fin à los dulces im-  
pulsos de semejante tezon se rindieron aquellos barbaros co-  
razones. Viendo el Padre el logro de sus peregrinaciones, em-  
pezò à ilustrar los entendimientos ciegos de aquellos Barba-

ros con la Luz Santa de el Evangelio. No es facil decir la cruda guerra, que el comun enemigo hizo al P. Glandorff luego q̄ empezó à cathequizar à aquellos nuevos Cathecumenos: pero baste decir, que llegò à tanto su infernal zafia, que instigò fuertemente à una India, y levantando esta su sacrilega mano, descargò ferozmente en el venerable Rostro de el Padre una cruda bofetada, solo porque con todo amor la inducia para que fuesse à rezar la doctrina christiana. Mas si todo lo vence el amor mundano, que no haria aquel divino, que animaba todos los movimientos de el P. Glandorff? Quien siempre anhelò por el Martyrio. Claro es, que le parecerianada semejante ultraxe; por tanto tolerò imperterritito, prosiguiò gustofo, y su constancia fanta consiguò por fin alistar innumerables Gentiles en la Milicia de Jesu-Christo, formando de todos cinco numerosissimos Pueblos.

Si aqui hubieran parado los apostolicos sudores de el P. Glandorff, solo lo dicho bastaba para apellidarlo Apostol de la Tarahumara; y assimismo era empreña gloriosa bastante à haverlo llenado de espiritual consuelo: pero no fuè assi, sino que enfurecido mas que antes el enemigo comun de las almas, le armò nueva, y aun mas peligrosa formidable bateria, al modo que si muchas legiones de infernales spiritus se hubieran apoderado de los cuerpos, y almas de aquellos pobres Neophytos, assi estos de improviso desampararon precipitadamente sus Pueblos, abandonaron al Padre, y atropados se huyeron à sus antiguas idolatras guaridas: y aqui las pesadas congojas, y los desconuelos tristes, que profundamente funestaron el compasivo corazon de el Padre con tan fatal desolacion. Otro spiritu, que no hubiera sido de la vigorosa apostolica valentia de el P. Glandorff, parece hubiera desmayado en tan inopinado desesperado lance: pero enardecido el Padre en el verdadero zelo de la gloria de Dios, con mas vigor volvió à trasegar aquella dura Serrania, y à dar nuevos, y mas arresgados passos para conquistar aquellas pobres Almas

Y si el buen Pastor dexa el gruesso redil de sus ovejas quando advierte el extravio aunque sea de una sola, asfi por el amor de su recobro, como por el dolor acerbo, que le causa la perdida: facilmente se percibe el amor grande, y el intimo dolor de tantas, que agitarian crudamente el apostolico pecho de el Padre. Verdad es, que Don Juan Joseph Vertiz, entonces Gobernador de este Reyno de la Nueva Vizcaya, sabedor, que fue de el caso, puso en marcha dos Soldados para resguardo de la persona del P. Glandorff, conteniendo alguna barbara avilantez, que pudiera instigar à aquellos infelizes fugitivos el comun enemigo: pero aunque el Padre agradecio accion tan christiana, y caballerofa: sin despreciarla mantuvo en su Mision solo de prespectiva los dichos dos Militares, sin permitirles ninguno de aquellos arrojados desahogos de la Milicia, que pudiera ser aun de el mas leve agravio de sus queridos Neophytos.

El P. Glandorff como Soldado veterano de la Compania de JESUS, por si mismo, sin algun otro auxilio humano, y sin el menor rezelo, fantamente intrepido partiò, y se presentò à los Indios fugitivos, y con aquellas dulces industrias, que en tales casos suele inspirar à los Varones de Dios el Espiritu Santo, moderò la altivez orgullosa, suavifò su tosca grosseria, y de tal manera desvaneciò las funestas sombras con que el Principe de las Tinieblas havia ofuscado los torpes entendimientos de aquellos desdichados Neophytos, y consiguientemente de tal manera moviò à aquellos sus corazones protervamente pertinaces en el brutal apetito de las barrancas, y montes, que todos ellos gustosamente placenteros las abandonaron, y siguieron al Padre hasta sus respectivos Puebls. Toda esta nueva reiterada conquista, que en breves clausulas tan solamente he insinuado, necesitaba un gruesso volumen para significar las prolixas continuas trabajosissimas correrias, que intervinieron, y otro no menor para estampar como en indelebles laminas de bronze, los oprobios, los ultra-

zes, y los escarnios, que el Padre toleraria invicto: pues este suele ser el precio con que los Indios, instigados de el mal Espiritu, pagan frequentemente, y corresponden à quien assi los beneficia.

Por mas de quarenta años misionò el P. Glandorff esta su numerosa Grey; y uno de los milagros, que diariamente se admiraban en su administracion, verdaderamente dificil, era aquel constante tenor, que sin descaecer por ningun caso, siempre fuè à mas. Dixe que el P. Glandorff empezò à administrar los Santos Sacramentos à pie; y ahora digo, lo que todos vieron, que à pie continuò incansable todo el resto de su exemplarissima vida. Que el Padre en los primeros años de Misionero, quando todavia mantenia la lozana robustez de la flor de su edad, anduviesse à pie, no es prodigio de muy estraña magnitud, aunque no carece de muchas qualidades de milagro: pues el transitar casi de continuo aquellas asperissimas Sierras, si se dexasse à solas las fuerzas naturales, parece ser de el todo imposible. La mexor prueba que puede darse de esto es, que ni los Indios nativos de aquellos difficilimos parajes, à quienes el camino mexor por lo breve, es cortar por barrancas, y montes, son capaces de semejante continuacion. Buen testimonio es el que de lo dicho dan los proprios Indios: pues como dirè despues, pareciendoles las correrias de el Padre de el todo impossibles, y no alcanzando su rudeza otro modo, lo juzgaban por cosa de hechizo: que este es el genero de milagros, que los dichos acostumbra quando las cosas corren sobre las facultades de la naturaleza. Pero lo mas assombroso es, que el Padre ya en su abanzada quebrantada edad, continuasse à pie, y todavia con agilidad mayor, que quando moho robusto. Es caso bien raro, que estando el Padre habitualmente enfermo de una hernia molestissima, fuesse, y volviessse de largas dificiles distancias, y esso en brevissimo tiempo: Solia ir acompañado de uno, ò dos de sus Indios: estos muchas veces iban à caballo. Luego que salian de casa solia el Padre

apate

apartarse de ellos, con el juſto motivo de retirarse un tanto à  
 hacer oracion. Dabales al mismo tiempo el orden de que pro-  
 siguiesen su camino, y que si acaso no los alcanzaba, lo espe-  
 rassen allà donde estaba el enfermo. Los Indios aceleraban el  
 passo, por veer si tal vez les engañaba su experiencia: profe-  
 guian efectivamente volviendo el rostro de quando en quan-  
 do à veer si ya el Padre los alcanzaba: muchas veces sin ha-  
 verlo podido dividir, de repente lo veian ya en su compañia:  
 otras quando los Indios llegaban al termino, hallaban al Padre  
 allà ya como descansado, despues de haver oido al enfermo, y  
 tal vez despues de haver rezado el Oficio Divino: otras ora-  
 ciones mucho trecho antes de llegar los dichos ya encontra-  
 ban al Padre, que volvia, y esto sin la menor fatiga. Cosa se-  
 mejante experimentò el P. Andrès Xavier Garcia, visitando la  
 Mision de Tomochi; tal certifica con juramento haver visto  
 en estos ultimos años Don Gabriel Gutierrez de Riva: y por  
 omitir otros muchos, tal les sucediò à dos RR. PP. de la Ob-  
 servancia de S. Francisco. Uno de los dos Religiosos es el M.  
 R. P. Fr. Miguel Dominguez, quien refiere lo siguiente, aña-  
 diendo que lo jurarà si fuere necessario. *Haviendo Yo llegado*  
*con mi Compañero à la Mision de Tomochi, llamaron al P.*  
*Glandorff à una confesion como à las ocho de la mañana po-*  
*co mas, ò menos: nosotros vimos salir al Padre à pie, y de el*  
*mismo modo lo vimos volver la misma mañana como à las*  
*doze: no advertimos cosa especial en tan acelerado regreso à*  
*causa de no estar bien enterados de la distancia de el para-*  
*je; antes bien por lo mismo persuadidos, que estaria cerca;*  
*determinamos passar à pie al proprio sitio: pero el P. Gland-*  
*orff, que sabia bien lo mucho que distaba, eficazmente nos*  
*persuadiò, que fuessemos à caballo: en efecto la gran chari-*  
*dad de el Padre nos agenciò dos caballos de buen andar: em-*  
*prendimos nuestra jornada, apresuran lo el passo por la dis-*  
*tancia larga, que el P. Glandorff nos havia expressado: mas*  
*ello es, que lo que el Padre andubo à pie dos veces en pocas*  
*horas;*

horas; nosotros no pudimos à caballo una en todo un dia, y al fin llegamos al paraje ya muy entrada la noche. De esta rara agilidad de el Padre pudiera traer muchos testigos fidedignos; pero fuera exceder los límites de las leyes laconicas de una carta: mucho mas quando todos los Indios de la Misión de Tomochi, assi lo aseguran, añadiendo al mismo tiempo una cosa bien peregrina, y es: q quando lo acompañaba algun Indio à pie, si este se cansaba, como frequentemente sucedia, se quitaba el Padre sus Zapatos, trocabalos con los de el Indio cansado, quien al ponerse los Zapatos de el Padre no solo se desnudaba de el cansancio, sino que se revestia de tal vigor, que proseguia como si de nuevo empezara su camino.

Ni eran para el P. Glandorff obstaculo alguno las copiosas avenidas de los arroyos rapidos, ni tampoco las de los caudalosos rios. No entibiaban el ardor de su apostolico zelo, eladas nieves, ni tupidas lluvias para penetrar quando se ofrecia los rigorosos paramos de aquellas espantosas Serranias: sucediendo en tales circunstancias muchos prodigios, assi de la austera mortificacion de el Padre, como de la paternal providencia divina. No pocos Sujetos, dignos de toda fee, certifican haver visto al P. Glandorff arrojar se à pie à los furiosos impetus de caudalosos rios por ser indispensable su transcurso para administrar algun enfermo, y aseguran les passaba el Padre à pie enjuto: otros aun añaden, que veian al Padre acercarse violentamente al formidable golpe de agua: pero con agilidad inaveriguable à su discurso, de repente lo veian sin mojar se al otro lado de los caudalosos rios: muchos tambien aseguran haverlo visto passar muchas veces vestido con el agua à la barba, y que habiendo salido à la orilla, exprimía un tanto quanto su sotana, y assi proseguia indemne-mente su camino.

No es menos admirable el apostolico zelo de el Padre Glandorff en lo que tambien vieron otros mas de una vez, que hallandose enfermo, no como quiera, sino notablemente

descaecido, si se le ofrecia la confesion de algun enfermo, luego al punto abandonaba su salud corporal por la espiritual de qualquiera de sus Indios. Testigo es de toda excepcion un Sujeto su Comissionero, quien una vez hallò al P. Glandorff totalmente postrado al rigor de un violento miserere: llamaronle al mismo tiempo para confessar una enferma bien diutante de donde el Padre se hallaba, y con la interposicion de una eminente fragosa sierra: ofreciòsele à suplir su falta el dicho Sujeto, no solamente con aquella charidad, que en semejantes casos suele excitarse naturalmente, sino con aquella que es aun mas noble, por ser propria de el amor sincero entre dos hermanos: pero el P. Glandorff por escusarle la molestia, que aprehendia, y por no sacudir de sí el penoso trabajo, que siempre apetecia, respondiò, que no era necessario: que la enferma no estaba muy mala: mas lo cierto es, que de allí à poco tiempo se despidiò el mencionado Sujeto por atender a su ministerio, que entonces le urgia, y luego se levantò el Padre Glandorff, y fuè (segun despues se supo) à confessar à su enferma.

Repetidas ocasiones le ofrecieron los Superiores algunas Misiones mas faciles de administrarse: otras, tambien Sujetos escogidos, para que ayudassen à llevar su ponderoso trabajo, principalmente en sus ultimos ya cansados años: mas el P. Glandorff lo rehusò lo primero, porque solo anhelaba à la administracion mas ardua; tambien lo segundo, porque aunque era muy amante de la compania de sus Hermanos, siempre escogiò llevar solo el peso grande de su trabajo por no partir con otro alguno las gloriosas fatigas de su Apostolado. Tal vez un P. Visitador General, Sujeto de la mayor categoria en los Colegios grandes, viendo el grande empeño con que el P. Glandorff defendia à sus Indios, le dixo (quizà por probarlo) que no se fatigara tanto en parrociarlos, que muchos eran malvados, y que à su Rev. le pagarian, como acostumbra-  
 ban, con ingraticudes, y pesadumbres. Oyò el P. Glandorff

dorff con la debida religiosa sumission, y afervorizandose santamente dixo: *Que amaba tanto à sus Indios, que estaba prompto à derramar su sangre por ellos.*

Bien mostrò el Padre el amor paternal, que professaba à sus Indios en el caso verdaderamente raro, que ya refiero: Cierta Eclesiastico se hallaba en la Misiõ q̄ de Tomochi el dia 22. de Mayo de el año de 1748. à la sazon q̄ iba el Padre à dar sepultura à una India difunta, y por no dexarlo solo el Padre Glandorff, le dixo, que si gustaba viniesse al entierro: *No Padre, respondiò, que V. Rev. los hace unos funerales à estos Indios tan solemnes, como si fueran gentes, y esso para que mejor se los lleve el diablo: No mi Señor, replicò promptamente el Padre, que mis hijos se salvan: dixo, y fuesse à su entierro; pero el dicho Señor Eclesiastico, ò ya fuesse porque estaba cansado de esperar al P. Glandorff, ò ya por curiosidad, se fuè à la Iglesia quando ya el funeral se estaba finalizando: entrò, y caso extraño! luego al punto se sentò en el feretro la difunta India, abrió sus palidos ojos, desplegó sus yertos labios, y en voz perceptible à todos, pero en idioma castellano, sin duda para que lo percibiesse el dicho Señor Eclesiastico, dixo: *O que hermosa es la Casa de Dios, que està allà arriba sobre las Estrellas! Nunca yo lo hubiera imaginado si no lo hubiera visto, y vosotros mismos breve lo vereis tambien, dixo, y volvió à descansar en paz.* Quedò el buen Eclesiastico assombrado al ver tan inimitable milagrosa prueba de lo que el P. Glandorff le havia dicho, y el havia despreciado. Llamabase la dicha India Anastacia, y si en el idioma Griego suena lo mismo que *resurreccion*, con la suya momentanea anunció manifiestamente assi à aquel incredulo Eclesiastico, como à todos los Indios, la otra eterna, que piadosamente se prometia el P. Glandorff. Brevemente dixo la difunta, y assi sucediò puntualmente, pues de allí à poco tiempo nuriò Lucas su legitimo marido, y luego le siguieron otros: todo lo qual assi està authenticado, y es notorio en aquellos Pueblos.*

Quanto de gustoso espititual consuelo inundò el co-  
 razon de el P. Glandorff el milagroso successo que acabo de re-  
 ferir: tanto le atormentaria el q se sigue: Havia muchos años,  
 que un Indio de su feligresia, habiendo estado ausente largo  
 tiempo, quando ya no se acordaba de el, de repente se apa-  
 reció un dia pidiendole perdon al Padre de sus passados de-  
 sordenes: recibiólo el P. Glandorff con aquella benigna com-  
 pansion, que al Prodigio el fuyo: acariciòlo, sustentòlo, y tam-  
 bien vistiólo. Al dia siguiente quando ya al dicho Indio no le  
 palpitaba el corazon de aquel natural susto con que los suele  
 commover un rezeloso temor de el castigo, volvió à hablar al  
 Padre para desahogar, como el se explicò entonces, el gran  
 pesar de su corazon: explicòse poderosamente, y dixo à solo  
 el P. Glandorff, que el havia estado todo el tiempo de su au-  
 sencia en compañía de los Apaches enemigos crueles de los  
 Christianos. Prosiguiò añadiendo, que el havia dexado mu-  
 chos Tarahumares allà entre los Apaches, viviendo tan bru-  
 talmente como ellos, y en este particular se explicò largo  
 tiempo, dandole noticia de las horrorosas monstruosidades, q  
 executaban: qual fuesse el desmedido dolor, que traspasò al  
 corazon apostolico de el P. Glandorff con narracion tan la-  
 mentable se infiere sobradamente de lo mucho, que el Padre  
 trabajò para conseguir su remedio. Sin demorarlo un instante  
 cogió la pluma, y escribió eficazissimamente participando tan  
 infeliz noticia al P. Provincial à fin de que informando su  
 Rev. al Señor Virrey, su Exc. diese la mas prompta provi-  
 dencia para cortar el daño antes que cundiesse mas: reiterò  
 esta diligencia muchas ocasiones: escribió empenandose con  
 los PP. Superiores de esta Provincia Tarahumara en orden à  
 que sus RR. como Sujetos condecorados en la Religion escri-  
 biesen con el anhelo de lograr la audiencia tan debida à un  
 negocio de tan graves consequencias. En esta atencion efecti-  
 vamente escribieron los PP. Superiores, remitiendo juntamen-  
 te à Mexico las cartas originales de el P. Glandorff. Pero co-

mo por la enormidad de las distancias son difíciles los promptos socorros, las cosas han ido corriendo sin remedio, y el día de hoy ha llegado à tomar tanto cuerpo aquel pestilencial contagio, que acompañados ya los Apaches con los Tarahumares, estos les sirven de guia; entran con seguridad por todas partes: no ay Poblacion segura, y todo lo van asolando, destruyendo los Pueblos, y quemando los Templos, de modo, que justissimamente se teme el ultimo infelicissimo estallido de esta Christiandad, segun cada dia se experimentan sus ossadas crueles invasiones. Este continuado tormento, y dolor sin tamaño, fuè el que al fin quitò la vida al Apostolico Misionero P. Francisco Hermano Glandorff.

Compartieron en el peregrino zelo de la salvacion de las almas, conque consumió el Padre todos los alientos de su preciosa vida el amor, y el dolor: el amor que el Padre professaba tan entrañablemente à sus Indios, como acabo de referir, y el dolor con que ellos le crucificaban cada vez, que quebrantando la Ley Santa de Dios, se acordaban de sus antiguas supersticiosas observaciones. Una entre otras muchas, que le dieron bastantè que hacer, era que en el intermedio de sus Poblaciones, en ciertos, y determinados sitios cada uno apilaba una piedra, ò un tronco, pagandole este como tributo (segun ellos decian) al Señor de aquel paraje para que les diese esfuerzo, persuadidos, que de negar ellos aquella contribucion antes de llegar al termino, se cansarian ellos, si iban à pie, ò si no, sus cabalgaduras. Valiase el Padre de mil ardidès pios para extirpar en sus Indios semejantes errores gentílicos. En esta ocasion hizo fixar una Cruz en medio de aquellos tributados montones: y desde entonces quando el Padre transitaba semejantes parajes, se detenia un buen rato haciendo especial oracion dobladas sus rodillas, ante aquellas Cruces Santas, y con esto consiguió no solo el que ya no continuassen sus Indios con la dicha erronea contribucion; sino que todos al passar, luego que se afrontaban à alguna de aquellas Cruces,

Cruces, quitandose el sombrero le hiciesen reverencia con la debida inclinacion.

Este exemplarissimo constante tenor de vida verdaderamente apostolica, està tan divulgado no solo en este Reyno de la Nueva Vizcaya, sino aun en muchas Ciudades de tierra fuera, y tambien en muchos parajes de tierra adentro, que por èl se vino à venerar la Mision de Tomochi como uno de los mas celebres Santuarios de la Christiandad. Hà sido grande el numero, que de toda qualidad, y estado de personas ha arribado à la dicha Mision. Con la ocasion de haver de passar quasi forzosamente por alguna de nuestras Misiones, he sabido los muchos que de todas partes solicitaban piadosamente al P. Glandorff. Los mas recurrian al Padre à tratar el negocio de los negocios, à assegurar el unico importante qual era la tranquilidad de sus conciencias. En este particular aseguran los mismos, que fueron penitentes, cosas bien raras. Preguntados sobre el motivo de recurrir al Padre Glandorff, y no à otros Confesores, que en todas partes suelen concurrir venerables, y santos: algunos que vencian la distancia de mas de 200. leguas respondieron, que no necesitaban ellos de declarar sus conciencias, porque el P. Glandorff de tal manera se las manifestaba en el arcano inviolable de la Confesion, que parece les veia los mas ocultos retretes de sus corazones, y aun les adivinaba los pensamientos, y les traia à la memoria algunos pecados, de que estaban olvidados. Un Mozo, que vino de la distancia de la Puebla de los Angeles todavia aseguró mas, pues dixo que en el discurso de su confesion le nombrò el P. Glandorff las calles donde, y las personas con quienes: siendo assi, que el Padre estuvo muy poco tiempo, y como de passo en la dicha Puebla, y sin haver tenido comunicacion con alguna persona de ella. Otros à quienes un temor panico anudaba sus labios, entorpeciendo sus lenguas, afirman, que quando ellos pensaban no haver remedio para sus pobres almas, el Padre con tan suave dulzura

los alentaba, q̄ vigorizado entōces su corazón les parecia, que ya veían el Cielo abierto. Otros que juzgaban imposible romper las graves cadenas de sus enormes yerros, oían al Padre medios al passo que faciles, tan eficaces, que lograron su feliz consecucion, y finalmente otros muchos atrahidos de la singular fama de la santidad de el Padre solicitaban corregir sus costu. bres por via de alguna especie de milagro, que se persuadian haria. A ninguno engañaba su piadosa confianza, pues todos hallaban en el P. Glandorff el consuelo de aquellas aflicciones, en que cada qual gemia.

Parece que en el religioso seno de el P. Glandorff se dilataban los espacios amorosos de una charidad de Padre à los suaves impulsos de aquellos vigorosos alientos, que suele inspirar à los Varones santos la fec mas viva. Por esso sin embargo de que su profunda humildad procurò con el mayor empeño ocultarlo todo: no obstante la particularidad misma de algunos casos verdaderamente maravillosos, lo manifestaron muy semejante al Abraham de la Ley de gracia nuestro Patriarcha San Ignacio.

Don Vicente Morales fiel Conductor de las limosnas con que la regia franqueza de nuestro Catholico Monarcha annualmente fomenta nuestras Misiones, cierta ocasion, que le urgia, el que sus Harrieros apresurassen las jornadas, escribió al P. Glandorff, suplicandole el que quando llegassen sus Harrieros, los avivasse sin permitirles demora alguna. A pocos dias llegaron los Arajos de el dicho D. Vicente en las circunstancias de ir el tio contiguo à la Mision de Tomochi tan creyido, que su vado era de el todo imposible: no obstante en atencion à la ditada, aprò el Padre à aquellos Harrieros para que al punto prosiguiessen su camino. Los dichos lo rehusaron fuertemente por ver el peligro manifestò: instòles el Padre diciendoles: *Vaianse pues, que Yo lo mando, no teman desgracia alguna, que nada les sucederà con la gracia de Dios.* Entonces sin mas detenerse, en fec de lo que el Padre les dixo, y ellos venera-

ron como oraculo, cargaron sus Atajos, y pecho al agua cruzaron por medio de el evidente peligro las impetuofas avenidas; llenos de admiracion al verfe ya orillados con toda su cargafon, fin la menor averia.

Un Padre fu Commiffionero, de grande ingenuidad, refiere haverle affegurado un Indio, que acompañò al Padre Glandorff en las correrias de fu ministerio el dilatado tiempo de doze años: que luego que el Padre llegaba à hacer mansion en algun paraje, se retiraba con fu libro de hechizarias (tal les parecia el Santo Breviario) y que demorandose fu regreso, el dicho Indio con uno, ù otro, que tambien folia ir en fu compania, fe confurzián una taleguilla de pinoli, que el Padre llevaba para el fufiento de todos. Por fin volvia el Padre, pediales el pinoli, y refpondiendo ellos haverfe ya acabado, volteando los mismos aquel faquillo lo de dentro à fuera, y facudiendolo para mostrarfelo totalmente vacio: el Padre como fi lo viefse, fe ponía à exhortarles vivamente, que tuviefsen fee, y esperaffen en la bondad de Dios: instabales consecutivamente traxeffen el pinoli, y obedeciendo ellos con rifa en ademan de burlarfe, cogian la taleguilla misma, que acababan de ver vacia, y affombrados la hallaban llena como antes, de dicho pinoli.

En otra ocasion, caminando con otro Indio el mismo Jefe Miffionero por una de aquellas fierras aridas, donde fuele efcafearse por algunas temporadas el beneficio de el agua, aun para el alivio de la preciffa neceffidad de los que fatigados con la fed las tranfitan: esta le affigió extremadamente, y ya quasi fin alientos, dice, que le dixo al Indio fu companero fu penoso tormento, pidiendole por Dios un poco de agua, pero el Indio refpondió: *Agua no la ay en todo este paraje,* y exclamò añadiendo: *O fi tu fueras como el P. Glandorff! Entonces no echaramos menos el agua, porque nos regalaramos aqui con una fruta muy hermosa. Has de fàber, que el año passado caminamos con el P. Glandorff por esta misma tierra; paramos baxo de este Pino grande*

grande (que este mismo es, porque dexè para señal este monton de piedras) y teniendo el Padre, y Yo una furiosa sed, de repente en este mismo Pino vimos unas frutas hermosissimas. El Padre comió dos mas, pero Yo rrichissimas, y tambien llevè las que pude à mi Pueblo, y convidè à otros con ellas. Profeguimos nuestro camino, y luego quando dexè al Padre en el Pueblo, volvi à buscar de la fruta tan linda, aunque hallè este Pino con este mismo monton de piedras, que vèis, pero no pude hallar ni una. El dicho Sujeto Misionero asegura, que yendo despues su Rev. à aquel mismo Pueblo, y acordandole de esta relacion tan prodigiosa, preguntò, y le cercioraron muchos Indios ser verdad lo que el otro Indio le havia dicho, y que en efecto llevò la dicha fruta, y ellos havian comido de la misma.

Semejantes à estas maravillas, quantos prodigios conseguiria de la beneficencia de Dios nuestro Señor su fervoroso Apostolico siervo P. Glandorff en beneficio principalmente de sus amados Indios, y ellos por su innata desidia, e ingente rudeza no advertirian? Pero el mismo haver dado golpe à su poco reflexuda cortedad; es argumento racionalissimo para que el juicioso dictamen de los Sabios mas criticos califiquen por milagrosos los casos referidos. Bien pudiera explayarme en la relacion de otros muchos nada inferiores, pero esto fuera extraher de sus limites esta mi carta dandole entonces margenes à una larga historia. Referirè como inexcusable uno, ú otro caso, en que con toda claridad se manifiesta haver Dios nuestro Señor ilustrado al P. Glandorff con aquellas superiores luzes, que dieron glorioso renombre à los Santos Profetas.

D. Joachin Villegas, Caballero muy conocido en este Reyno de la Nueva Vizcaya, afirma con juramento lo siguiente: Dice pues, que passò su Compadre Don Pedro por su casa, llevando en su compania à un hijo suyo, y que llegando assi mismo (acaso venia entonces de la Sonora) à la Mision de Tomochi, llevado de la gran fama del P. Glandorff, pre-

guntò à su Rev. si seria acertado llevar à aquel su hijo à Mexico para que estudiase: oyòle el Padre, y añade, que le respondió: *Lo llevará Vmd. si, si, pero en volviendo Vmd. de Mexico dispongase luego para morir bien.* Así puntualmente se verificò, pues à los quinze días de su regresso le asaltò de improvviso una grave enfermedad de que murió dicho Don Pedro.

Un Sujeto Jesuita Commissionero cercano del Padre Glandorff, muy religioso, y de singular sinceridad, depone, que habiendo salido para uno de sus Pueblos, à poco andar le afotò en tierra con su Rev. la cabalgadura en que iba: este mismo incidente se repitiò varias ocasiones. Asustòse el Padre no obstante volviò à montar, y à corta distancia recibì del P. Glandorff carta en que le decia: *Aunque la cabalgadura acaba de echarse tantas veces en esse camino; no tema V. R. prosiga, y no se detenga en el Pueblo para donde ahora và, ni tampoco en la Poblacion que se le sigue; sino passesse al Pueblo inmediato, pues con esta diligencia podrá V. R. evitar un gravissimo inconveniente, que amenaza à aquel Pueblo.* Leyò el Padre, y executòlo todo à la letra. Con el cuidado de lo q̄ podria ser llegò por fin à aquel ultimo termino, y afirma q̄ luego hallò el Pueblo todo amotinado. Preguntò la causa, y aviéndosele respondido, q̄ aquella misma noche estaban los Indios determinados à dar la muerte à cierto Thieniente, y à otros Españoles por haver hecho un grandissimo agravio à un hijo del Gobernador de aquel Pueblo. Quedò sorprendido con tan estraña novedad, más en aquel instante mismo, dice que le ocurrieron palabras tan suaves, y razones tan convincentes para disuadirles el atentado, que antes de la oracion de la noche ya tenia desvanecida toda aquella fatal sedicion, y los Indios contentos cada qual segregado de los demàs se retirò à su casa: cuyo feliz exito no pudo menos que attribuir à la eficacia grande de las santas oraciones del P. Glandorff. Imposible parece en lo humano, segun las circunstancias de lo referido, que el P. Glandorff estando distante muchas leguas tuviesse noticia alguna de la peligrosa deca-

dencia de la dicha cabalgadura: y del mismo modo la del motin de los Indios, pues ciertamente quando escribió la expresada carta todavia no subsistia el motivo del alboroto, interviniedo en la acelerada jornada que hizo aquel P. Misionero el espacio de tres dias: por tanto sin temeridad se puede concluir, que todo lo previó el P. Glandorff con superiores luzes.

De estas luzes, aunque en otra especie, es buen argumento el siguiente caso, que depone el mismo P. Visitador, con quien passó, y reside al presente en Mexico. Hallabase en la visita del Pueblo de Tomochi: y el P. Glandorff, con aquella simplicidad con que los siervos de Dios descubren su alma à los Superiores, entre otras cosas le refirió: que aviendo afsistido en su ultima hora à uno de los Padres Misioneros, que acabò con las señales mas seguras de haver sido su muerte preciosa en el acaramiento del Señor: concluidos los funerales se retirò el Padre à su aposento, donde por algunas noches le pareció veía un vulto negro, que luego, sin otra señal sensible, se desaparecia. Ofreciósele al Padre, que la alma del difunto le pedia sus oraciones, y dixo por ella algunas Missas. A pocas noches despues reparò el Padre otro vulto, no ya negro, sino blanco, de quien oyò las siguientes, ó equivalentes palabras: *Yo soy el Padre N. que por la misericordia de Dios he passado à gozar de su Divina presencia; y bagote saber, que todo este tiempo he estado en el Purgatorio, por aquella vanidad con que ordenè al Sacristan [avia sido el P. Glandorff testigo de la orden] me vistiese para mi entierro tal ornamento, que era el mas lucido: y dichas estas palabras desapareció.* Este caso sin duda contò el Padre à mas del expressado motivo, por la doctrina, que contiene.

Haviendo pues evangelizado el P. Glandorff à los fieles hasta con las predicciones profeticas en todo el discurso de su apostolica Vida, y con la noticia del fin de la de otros: no parecerà muy extraño el que tambien lo ilustrasse Dios nuestro Señor con la de su proximo tránsito de esta à la eterna.

na. Por esto anticipadamente lo predixo: pero en terminos tan habiles, que nadie por entonces pudo percibirlo. Es el caso: D. Vicente Morales, el mismo de quien hablé antes, conocia muchos años havia al P. Glandorff, pues regularmente seguia su conducta por la Mision de Tomochi: nunca tratò el dicho D. Vicente con el Padre, ni el Padre con el, sobre el assunto de confesarse: pero el año pasado de 1763. haviedo llegado con las limosnas le dixo el Padre, *y pues Vmd. no se confessa? Confiesse Vmd. conmigo porque ya no nos hemos de volver à ver mas.* El pobre D. Vicente se sorprendiò notablemente porque naturalmente concibiò luego, que su muerte proxima seria la que cerrandole los ojos le privaria de la amable vista del Padre: en esta inteligencia tomò el consejo, y se confesò con el P. Glandorff. Volviòse à Mexico abrigando tamaño susto en su triste pecho, mas el evento mostrò el vaticinio: volviò el dicho D. Vicente Morales este año de 1764. con el mismo exercicio à estas Misiones quando ya el Padre havia fallecido algunos meses antes.

Este claro conocimiento de gerarchia superior al natural se observò en el Padre muchas ocasiones, y tal vez sucediò, que havindose efectuado lo mismo que mucho tiempo antes havia predicho (y se le havia deslizado de los labios, quizà al impulso violento del espiritu profetico) le acordaban algunos Sujetos reflexudos su anterior anuncio: mas el Padre haciendose de nuevas quando le instaban comprobandose lo, respondia con desprecio de si mismo: *O, y si, si, lo dixè assi no mas.* De manera, que se conoce claramente el cuidadoso estudio que siempre puso el P. Glandorff en ocultar lo mas peregrino de su manifiesta virtud. Muchas personas distinguidas en ambos estados Eclesiastico, y Secular refieren admiradas aquella humildad tan natural conque vieron al Padre tratar à todos quando tuvieron la dicha de comunicarlo: juntamente aquel obsequioso agrado conque los honraba: y finalmente aquel portè exterior tan comun à todos, que nadie diria lo

singularísimo de heroicidad santa, que se ocultaba en su interior espíritu. Fuè esto en tanto grado, que el R. P. Provincial de S. Francisco Fr. Antonio Rizo, habiendo visitado al P. Glandorff apenas se havia apartado de la Misión de Tomochi empezó á hazerse lenguas ensalzando las prodigiosas virtudes del Padre: y acababa siempre diciendo: *Dichosa Provincia Tarahumara, que tiene tal Misionero, y Varon tan santo.* Algo mas se explicó con la ocasion misma de visitarlo el R. P. Fr. Ignacio de Herize Misionero Apostolico del Colegio de Guadalupe en Zacatecas, Sujeto venerable por su conocida virtud, y raras prendas, quien siempre que se ofrecia la ocasion, testifican muchos haverle oido decir: que no havia conocido mas santo, ni Apostol de mas zelo de las almas, que el P. Glandorff. Superior à todos fuè el elogio que le diò el P. Joseph de Chavarría, despues que volvió à su Provincia habiendo visitado las Misiones. Vino su Reverencia como Visitador general, y por las grandes noticias, que ya tenia, llegó à Tomochi con el animo muy particular de observar cautelosamente, si el Padre Glandorff era tal qual otros se lo havian alabado: pero formò tal concepto à aquel que antes, que llegó à prorrumpir diciendo: *Ta no deseo conocer al Apostol San Francisco Xavier, habiendo tratado al P. Glandorff.* De solos semejantes testimonios bien pudiera yo darle mas grueso cuerpo à mi carta: pero es preciso baste lo dicho, y sobra para que se vea, que Dios nuestro Señor premia altamente aun acá en la tierra la humildad de sus Siervos santos, que ocultando sus mas relevantes virtudes baxo del abatido polvo del desprecio, haze que otros descubriendolas las ensalzen, y sublimen.

De la intima profundidad de su humilde abatimiento facaria sin duda aquel escacísimo porte con que el P. Glandorff se trataba à si mismo solamente, siendo francamente liberal para todos: de modo, que si à otros Varones illustres les diò à entender la Santísima Virgen MARIA, que los Misio-

neros para ser agradables en su ministerio à los ojos purísimos de Dios, han de hacerse como los Indios; pocos, ó acaso ninguno se avrá visto en lo anonadado de su trato tan parecido à ellos como el P. Glandorff. Acaso como al V.P. Juan Baptista Zappa, así al P. Glandorff se lo significaria la dulcísima benignidad de la Santísima Virgen MARIA DE GUADALUPE. Fundome en la cordialísima devocion, que el Padre siempre tuvo à esta Soberana Reyna, y al mismo tiempo en un portentoso milagro, que de la Señora consiguió, y es como ya digo. Diò à luz una India de Tomochi su feto difunto, y tan horriblemente denegrado, como el mas atezado carbon: compadecido el P. Glandorff de la perdida incomparable que padecia el alma de aquel monstruo, por no haver logrado las saludables aguas de el Baptismo, implorò el favor de la Madre celestial de los Indios, y luego en aquel punto mudò de color aquel tierno inanime Infante con la restitucion de la vida, y mucho mas con la primera gracia de christiano. Si no es, que diga haverse lo insinuado la misma Soberana Señora, baxo la celeberrima advocacion de Aranzazu, que como especial Patrona se venera en uno de los Pueblos de visita de la dicha Misión de Tomochi. Persuademe tambien á esto una clausula de carta, que el mismo P. Glandorff escribió al citado en esta D. Juan Joseph de Vertis: Dice así, que sus Indios llenos de admiracion havian visto à la Smá. Virgen de Aranzazu toda rodeada de especiaíísimos vistosísimos resplandores, en cuyas circunstancias se havian convertido à nuestra Catholica fee muchos Gentiles. Hizose el P. Glandorff con industrioso apostolico zelo todo à todos para ganarlos à Christo; pero con particularísimo estudio se amoldò à sus Indios en todo aquello, que no tenia el menor refabio de indecorosidad contraria al venerable caracter de su persona. Vestia el Padre aun mas pobremente de lo q̄ prescriben las estrechas leyes à un Religioso: Su alimento quotidiano, sin ser mendigamente escaso, era discretamente moderado: estaba tan lexos de li-

son.

sonjear su paladar con alguna especie de condimentos, que comunmente copia aquello que sus Indios le ofrecian, y era para el Padre la falsa mas sabrosa el toasco aliño con que se le ofrecian. Para los Indios Tarahumares es de los mayores regalos, y por esso su mas usual bastimento, el que llaman pinoli; este se reduce à un poco de mays, que tostado lo mal muelen en una piedra que llaman metate, despues lo deslien en agua fria, y aun mismo tiempo usan de el dicho, como de comida esplendida, y bebida regalada. Este mismo alimento era para el P. Glandorff el vulgar regalo de que usaba en sus quasi continuas apostolicas correrias. En esta misma conformidad el lecho de que el Padre usaba para el descanso preciso de su ministerio trabajosissimo, eran dos raidas fresadillas, sirviendo una al Padre gustosissimo, como si fuera un mullido colchon de delicada pluma, y la otra como colcha del mayor abrigo. No condescendia el P. Glandorff, dispensando alguna mas comodidad, siquiera por sus abanzados años, ô por sus trabajadas fuerzas, ni por sus penosos habituales achaques: y lo que es mas admirable, ni aun por gravissimas enfermedades. Así entre otros lo vió aquel P. Misionero, que dixe le havia querido evitar el que fuesse à una confesion en semejante tranze. De este estrechissimo espiritu de pobreza, resultò en el Padre aquel generosissimo despego, que configuientemente tenia de toda especie de haberes temporales. No se puede bastantemente expressar, y solo digo, que à todos los miraba con un genero de risa tal, que con ella mostraba sobradamente lo summo del desprecio. Verificòse en el P. Glandorff al pie de la letra el espiritu del grande Apostol S. Pablo, pues aunque tuviesse todo lo necesario, para su congrua sustentacion, de tal manera lo posseia, como si nada posseyesse.

De lo unico que hacia mucho aprecio era de las armas de un experto vigilante Soldado de la Compañia de JESUS; por esso despues de sus dias se encontró entre sus pobrissimos despojos, copioso numero de cruels disci-

plinas: estrañandose con no poca admiracion el que otros muchos instrumentos, conque por ilacion forzosa constaba se maceraba el Padre, no se pudieron pesquisar, y es sin duda, que para dar el mas bello, y solido realze à su mortificacion, los enterraria, ocultandolos con el demàs precìssio caudal de sus relevantes virtudes. Lo que si no pudo ocultarse en el Padre fuè aquel su innocente exterior, que era notorio à todos quantos lo veian; y siendo aquel el mas fiel semblante de su interior, aunque quisiesen cerrar los ojos; era precìssio confesar, que el P. Glandorff era diligente Custodio de una virtud angelica, si no se hubiesse visto en el Padre otra alguna mortificacion, que la que le era precìssio le atormentasse crudamente (y es aquel accidente habitual, conque dixe administrò por el dilatado espacio de mas de quarenta años) bastaba para calificarlo de Angel penitente: tal he concebido al P. Francisco Hermano Glandorff, de modo, que en medio de aquellas asperas espinas, que continuamente punzaban su innocente cuerpo, exhalaba su semblante exterior la suavissima fragancia de aquella celestial virtud, que por ser superior à las facultades todas de la naturaleza, es peculiar de los Espiritus, y por esso juntamente se le dà el glorioso renombre de puridad angelica. En consecuencia de lo dicho, hallandose el Padre bien enfermo en el Colegio de S. Pedro, y S. Pablo, quando vacaba à la Theologia, le receptaron los Medicos no sè que remedio, que precìssamente havia de subministrarse por las caritativas manos de nuestro Hermano Enfermero; mas el P. Glandorff apprehendiò en èl una leve indecorosidad, y por ningun caso lo permitiò, manteniendose en su castissima renuencia: quizà por esta misma religiosa circunspeccion, escusò en todo el discurso de su ultima enfermedad, el que persona alguna secular lo medicasse: huyendo escrupulosamente el que alguno tocasse aun levemente el pelo de su ropa. En confirmacion de lo referido hasta aqui, asegura un Sujeto, que le tratò muchos años, que el P. Glandorff no perdiò la primera bellissima gracia de el Baptismo.

Al modo que los Angeles ministros de el Altissimo con toda velocidad executan los mandatos de el Señor: así el P. Glandorff promptamente obedecia la mas leve insinuacion de sus Superiores: así se observò en el discurso de toda su santa vida, y principalmente en varios, y difíciles casos que se le ofrecieron. Dirè solamente uno, ù otro por abreviar. Mucho tiempo antes, que el Padre huviesse entrado en su edad abanzada, y mucho antes tambien de haver experimentado quebrantadas sus fuerzas, le mandaron los Superiores dexasse de administrar à pie, y que lo hiciesse en alguna commoda cabalgadura. Estaba el P. Glandorff sumamente persuadido ser del agrado de Dios, el que peregrinasse à pie: no obstante obedeciendo al mismo Señor, que profundamente veneraba en la voz de el Superior qualquiera que fuesse, luego luego obedeciò gustoso. Franquearonle successivamente algunos Padres sus cercanos Comissioneros de toda especie de cabalgaduras: el Padre llegò à montar en ellas; pero à poco andar se caia de todas: No fuè el achaque de la hernia causa de que el P. Glandorff anduviesse à pie (segun uno, ù otro critico ha imaginado) sino que hallandose el Padre con la cabeza firme, lo mismo era montar à caballo, que luego de tal manera se bambaleara, que era cortissimo el espacio, que subsistia sin caer. Si el Padre huviesse subido al montar à la eminencia de alguna Torre, pudiera decirse aun, que era natural al inclinarse, semejante desvanecimiento: pero subiendo el Padre (como se viò) sobre un pigmeo jumentillo, que entonces en tan corta distancia, flaqueasse la cabeza, que un instante antes se hallaba constante, y firme: parece no ser natural, y por consequiente es forzoso atribuirlo à causa superior. Y con efecto à ella lo atribuyò el Padre una ocasion, que obligandole un Padre Visitador, vivo aun, à cabalgar en una Yegua sumamente manza, lo mismo fuè sentir ella al Padre, que enfurecerse, hasta sacudirlo de si, quien levantado de su caída dixo à los presentes: *Ya lo ven? Si, S. Xavier no quiere: que era la causa,*  
que

que otras veces avia dado el Padre de sus pedrestres excursions.

Ni se contentò el P. Glandorff con observar para sus progressos espirituales à los Angeles, en sola la puridad innocente, ni tampoco en hacer prompta, y alegremente la voluntad de sus Superiores, como la de Dios nuestro Señor, los mismos Angeles; sino que abanzandose mas allà; se elevò sobre sí, para emularlos en aquellos harmonicos canticos; conque en la Gloria estàn incessantemente alabando al Señor. No havia lugar alguno en que el P. Glandorff por ocupado, que se hallasse, dexàra de sublimar su corazon con el exercicio santo de la Oracion quasi continua, de manera, que estando en su Mission, siempre lo veian retirado en su estrecho aposento à este santo exercicio: si salia à algun ministerio de su administracion; lo primero que hacia era ocultarse de todos, ò yà en la barranca, ò yà en la espezura de los montes à la contemplacion: si estaba acompañado sus platicas ordinarias eran hablar de la Bondad de nuestro gran Dios; de el Patrocinio de la SSma. Virgen Maria: de las virtudes de los Santos, principalmente de los de su devocion; de los milagros de el V. P. Francisco de Geronimis, de quien era amartelado, y por cuyo patrocinio consiguió de el Señor singulares beneficios para sus encomendados: de el Apostol de las Indias San Francisco Xavier, cuyo peregrino Apostolado se havia propuesto por exemplar de su imitacion, y cuyo Officio Divino rezaba quando caminaba, y por esso llegó à aprender de memoria hasta las lecciones de el Breviario. Finalmente tan sancta era su parla en todo tiempo, en todo lugar, y en qualesquiera circunstancias: que bien se puede decir de el P. Glandorff, que su conversacion siempre era en los Cielos. Esto notaron aun en medio de su natural inadvertencia los mismos Indios, y se les oyò muchas veces, que hablando del P. Glandorff, decian: *Esse Padre. sempre habla de allà arriba.* Otros no

32  
solian nombrarlo no con su apellido, sino que así se explicaban: *Aquel Padre, que siempre habla de Dios.*

Yá no hará fuerza, según lo dicho, el que se hallase con un gran regocijo de su alma, quando se vió el Padre en su última enfermedad, en un sumo desamparo. Haviendo sido el exemplar para su Apostólico Ministerio nuestro peregrino Apostol S. Francisco Xavier; quiso finalmente seguir sus huellas santas, hasta las puertas de la muerte. Bien pudiera el P. Glandorff haver permitido, le asistiesen, medicandole algunas personas de las muchas, que porque lo veneraban lo pretendieron con todo empeño; pero siempre lo hallaron en el particular renuente. Un solo Indio admitió que le asistiese; y aunque en el discurso de su prolongada enfermedad lo visitaron varias veces algunos PP. Comissioneros, yá quasi en el último periodo de su vida, avisó à aquel indio, para que los Padres le administrassen los Santos Sacramentos. Administraronse los con aquel intimo sentimiento, que naturalmente causó la irremediable perdida de un Misionero tan santo: Recibiólos el P. Glandorff con aquella solida tiernísima devoción, que se dexa entender, como fruto de una vida tan exemplar: en la contemplacion de el dulce Imán de sus puros amores, en la consideracion continua de nuestro gran Dios, fixos sus ojos en los Cielos, de donde jamás los havia apartado en su vida, y estrechando en su inflamado pecho aquel devoto Crucifixo, que por tantos años lo havia acompañado en sus apostólicos ministerios, entregó su inocente Alma en manos de su Criador el dia 9. de Agosto de 1763. Persuadome de la gran misericordia de Dios N. Sr. que el P. Francisco Hermano Glandorff está gozando de el Laurel, y Palma de Gloria condigna à su santa apostolica vida. Y suponiendo que esto no obstare, ya VV. RR. avrán mandado hacer los Sufragios, y Oraciones, q por nuestros difuntos acostumbra nuestra Madre la Compañia: les pido solamente me tengan muy presente

ente en sus Santos Sacrificios, y Oraciones, en las que mucho  
me encomiendo. En esta Mision de Temofachi, y Mayo 30  
de 1764.

Siervo de VV. RR. en Christo.

†  
JHS.

*Bartolomé Braun.*

l  
o  
o.  
.  
.  
el  
ci  
i-  
en  
ue  
ni-  
en-  
to:  
le-  
can  
ros  
os,  
ta-  
de-  
o en  
na-  
ome  
ifco  
a de  
que  
fra-  
estra  
pre-  
ente

# PROTESTA.

**O**bedeciendo los Apostolicos Decretos de N. S. S. P. el Señor Urbano VIII. y demás del asunto, protesto, que à quanto he dicho en esta Carta en orden à las Virtudes del P. Francisco Hermano Glandorff de la Compañia de Jesus, no intento dàr mas authoridad, que la que corresponde à una fee humana, ni en los elogios, que hago separarme un apice de lo q̄ enseña, y manda nuestra Santa Madre Iglesia, à cuya correccion me sujeto, como el menor de sus hijos.